

CAPITULO XXVI

Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo don Quijote en Sierra Morena.

.....

1 Y volviendo a contar lo que hizo el de la Triste Figura después que se vio solo, dice la
2 historia que así como don Quijote acabó de dar las tumbas o vueltas de medio aba-
3 jo desnudo y de medio arriba vestido, y que vio que Sancho se había ido sin querer
4 aguardar a ver más sandeces, se subió sobre una punta de una alta peña y allí tornó
5 a pensar lo que otras muchas veces había pensado sin haberse jamás resuelto en
6 ello, y era que cuál sería mejor y le estaría más a cuento: imitar a Roldán en las locu-
7 ras desaforadas que hizo, o Amadís en las malencónicas; y hablando entre sí mismo
8 decía:

9 –Si Roldán fue tan buen caballero y tan valiente como todos dicen, ¿qué maravilla,
10 pues al fin era encantado, y no le podía matar nadie si no era metiéndole un alfiler
11 de a blanca por la planta del pie, y él traía siempre los zapatos con siete suelas de
12 hierro? Aunque no le valieron tretas contra Bernardo del Carpio, que se las enten-
13 dió y le ahogó entre los brazos en Roncesvalles. Pero dejando en él lo de la valentía
14 a una parte, vengamos a lo de perder el juicio, que es cierto que le perdió, por las
15 señales que halló en la fontana y por las nuevas que le dio el pastor de que Angéli-
16 ca había dormido más de dos siestas con Medoro, un morillo de cabellos enrizados
17 y paje de Agramante; y si él entendió que esto era verdad y que su dama le había
18 cometido desaguisado, no hizo mucho en volverse loco. Pero yo ¿cómo puedo imita-
19 lle en las locuras, si no le imito en la ocasión dellas? Porque mi Dulcinea del Toboso
20 osaré yo jurar que no ha visto en todos los días de su vida moro alguno, así como
21 él es, en su mismo traje, y que se está hoy como la madre que la parió ; y haríale
22 agravio manifiesto, si imaginando otra cosa della me volviese loco de aquel género
23 de locura de Roldán el furioso. Por otra parte, veo que Amadís de Gaula, sin perder
24 el juicio y sin hacer locuras, alcanzó tanta fama de enamorado como el que más,
25 porque lo que hizo, según su historia, no fue más de que por verse desdeñado de su
26 señora Oriana, que le había mandado que no pareciese ante su presencia hasta que
27 fuese su voluntad, de que se retiró a la Peña Pobre en compañía de un ermitaño, y
28 allí se hartó de llorar y de encomendarse a Dios, hasta que el cielo le acorrió en me-
29 dio de su mayor cuita y necesidad. Y si esto es verdad, como lo es, ¿para qué quiero
30 yo tomar trabajo agora de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre a estos árboles,
31 que no me han hecho mal alguno? Ni tengo para qué enturbiar el agua clara destes
32 arroyos, los cuales me han de dar de beber cuando tenga gana. Viva la memoria de
33 Amadís, y sea imitado de don Quijote de la Mancha en todo lo que pudiere, del cual
34 se dirá lo que del otro se dijo, que si no acabó grandes cosas, murió por acometellas;
35 y si yo no soy desechado ni desdeñado de Dulcinea del Toboso, bástame, como ya

36 he dicho, estar ausente della. Ea, pues, manos a la obra: venid a mi memoria, cosas
37 de Amadís, y enseñadme por dónde tengo de comenzar a imitaros. Mas ya sé que lo
38 más que él hizo fue rezar y encomendarse a Dios; pero ¿qué haré de rosario, que no
39 le tengo?

40 En esto le vino al pensamiento cómo le haría, y fue que rasgó una gran tira de las fal-
41 das de la camisa, que andaban colgando, y dióle once ñudos, el uno más gordo que
42 los demás, y esto le sirvió de rosario el tiempo que allí estuvo, donde rezó un millón
43 de avemarías. Y lo que le fatigaba mucho era no hallar por allí otro ermitaño que le
44 confesase y con quien consolarse; y, así, se entretenía paseándose por el pradecillo,
45 escribiendo y grabando por las cortezas de los árboles y por la menuda arena mu-
46 chos versos, todos acomodados a su tristeza, y algunos en alabanza de Dulcinea.
47 Mas los que se pudieron hallar enteros y que se pudiesen leer después que a él allí le
48 hallaron no fueron más que estos que aquí se siguen:

49 Árboles, yerbas y plantas
50 que en aqueste sitio estáis,
51 tan altos, verdes y tantas,
52 si de mi mal no os holgáis,
53 escuchad mis quejas santas.

54 Mi dolor no os alborote,
55 aunque más terrible sea,
56 pues por pagaros escote
57 aquí lloró don Quijote
58 ausencias de Dulcinea
59 del Toboso.

60 Es aquí el lugar adonde
61 el amador más leal
62 de su señora se esconde,
63 y ha venido a tanto mal
64 sin saber cómo o por dónde.

65 Tráele amor al estricote,
66 que es de muy mala ralea;
67 y, así, hasta henchir un pipote,
68 aquí lloró don Quijote
69 ausencias de Dulcinea
70 del Toboso.

71 Buscando las aventuras
72 por entre las duras peñas,
73 maldiciendo entrañas duras,
74 que entre riscos y entre breñas

75 halla el triste desventuras,
76 hirióle amor con su azote,
77 no con su blanda correa,
78 y en tocándole el cogote
79 aquí lloró don Quijote
80 ausencias de Dulcinea
81 del Toboso.

82 No causó poca risa en los que hallaron los versos referidos el añadidura «del Toboso»
83 al nombre de Dulcinea, porque imaginaron que debió de imaginar don Quijote que
84 si en nombrando a Dulcinea no decía también «del Toboso», no se podría entender
85 la copla; y así fue la verdad, como él después confesó. Otros muchos escribió, pero,
86 como se ha dicho, no se pudieron sacar en limpio ni enteros más destas tres coplas.
87 En esto y en suspirar y en llamar a los faunos y silvanos de aquellos bosques, a las
88 ninfas de los ríos, a la dolorosa y húmida Eco, que le respondiese, consolasen y escu-
89 chasen, se entretenía, y en buscar algunas yerbas con que sustentarse en tanto que
90 Sancho volvía; que si como tardó tres días, tardara tres semanas, el Caballero de la
91 Triste Figura quedara tan desfigurado que no le conociera la madre que lo parió.

92 Y será bien dejalle envuelto entre sus suspiros y versos, por contar lo que le avino a
93 Sancho Panza en su mandadería. Y fue que en saliendo al camino real se puso en
94 busca del del Toboso, y otro día llegó a la venta donde le había sucedido la desgra-
95 cia de la manta, y no la hubo bien visto, cuando le pareció que otra vez andaba en
96 los aires, y no quiso entrar dentro, aunque llegó a hora que lo pudiera y debiera ha-
97 cer, por ser la del comer y llevar en deseo de gustar algo caliente, que había grandes
98 días que todo era fiambre.
99 Esta necesidad le forzó a que llegase junto a la venta, todavía dudoso si entraría o
100 no. Y estando en esto salieron de la venta dos personas que luego le conocieron; y
101 dijo el uno al otro:

102 —Dígame, señor licenciado, aquel del caballo ¿no es Sancho Panza, el que dijo el
103 ama de nuestro aventurero que había salido con su señor por escudero?

104 —Sí es —dijo el licenciado—, y aquel es el caballo de nuestro don Quijote.

105 Y conociéronle tan bien como aquellos que eran el cura y el barbero de su mismo
106 lugar y los que hicieron el escrutinio y acto general de los libros. Los cuales, así como
107 acabaron de conocer a Sancho Panza y a Rocinante, deseosos de saber de don Qui-
108 jote, se fueron a él, y el cura le llamó por su nombre, diciéndole:

109 —Amigo Sancho Panza, ¿adónde queda vuestro amo?

110

111 Conociólos luego Sancho Panza y determinó de encubrir el lugar y la suerte donde y
112 como su amo quedaba y, así, les respondió que su amo quedaba ocupado en cierta
113 parte y en cierta cosa que le era de mucha importancia, la cual él no podía descu-
114 brir, por los ojos que en la cara tenía.

115 —No, no —dijo el barbero—, Sancho Panza, si vos no nos decís dónde queda, imagina-
116 remos, como ya imaginamos, que vos le habéis muerto y robado, pues venís encima
117 de su caballo. En verdad que nos habéis de dar el dueño del rocín, o sobre eso, mo-
118 rena.

119 —No hay para qué conmigo amenazas, que yo no soy hombre que robo ni mato a
120 nadie: a cada uno mate su ventura, o Dios, que le hizo. Mi amo queda haciendo pe-
121 nitencia en la mitad desta montaña, muy a su sabor.

122 Y luego de corrida y sin parar les contó de la suerte que quedaba, las aventuras que
123 le habían sucedido y cómo llevaba la carta a la señora Dulcinea del Toboso, que era
124 la hija de Lorenzo Corchuelo, de quien estaba enamorado hasta los hígados.
125 Quedaron admirados los dos de lo que Sancho Panza les contaba; y aunque ya sa-
126 bían la locura de don Quijote y el género della, siempre que la oían se admiraban de
127 nuevo. Pidiéronle a Sancho Panza que les enseñase la carta que llevaba a la señora
128 Dulcinea del Toboso. Él dijo que iba escrita en un libro de memoria y que era orden
129 de su señor que la hiciese trasladar en papel en el primer lugar que llegase; a lo
130 cual dijo el cura que se la mostrase, que él la trasladaría de muy buena letra. Metió
131 la mano en el seno Sancho Panza, buscando el librito, pero no le halló, ni le podía
132 hallar si le buscara hasta agora, porque se había quedado don Quijote con él y no se
133 le había dado, ni a él se le acordó de pedirsele.

134 Cuando Sancho vio que no hallaba el libro, fuéle parando mortal el rostro; y tor-
135 nándose a tentar todo el cuerpo muy apriesa, tornó a echar de ver que no le halla-
136 ba, y sin más ni más se echó entrambos puños a las barbas y se arrancó la mitad de
137 ellas, y luego apriesa y sin cesar se dio media docena de puñadas en el rostro y en
138 las narices, que se las bañó todas en sangre. Visto lo cual por el cura y el barbero, le
139 dijeron que qué le había sucedido, que tan mal se paraba.

140 —¿Qué me ha de suceder —respondió Sancho—, sino el haber perdido de una mano a
141 otra, en un estante, tres pollinos, que cada uno era como un castillo?

142 —¿Cómo es eso? —replicó el barbero.

143 —He perdido el libro de memoria —respondió Sancho— donde venía carta para Dulci-
144 nea y una cédula firmada de su señor, por la cual mandaba que su sobrina me diese
145 tres pollinos de cuatro o cinco que estaban en casa.

146 Y con esto les contó la pérdida del rucio. Consolóle el cura, y díjole que en hallando
147 a su señor él le haría revalidar la manda y que tornase a hacer la libranza en papel,
148 como era uso y costumbre, porque las que se hacían en libros de memoria jamás se
149 acetaban ni cumplían.

150 Con esto se consoló Sancho, y dijo que como aquello fuese así, que no le daba mu-
151 cha pena la pérdida de la carta de Dulcinea, porque él la sabía casi de memoria, de
152 la cual se podría trasladar donde y cuando quisiesen.

153 —Decildo, Sancho, pues —dijo el barbero—, que después la trasladaremos.

154 Paróse Sancho Panza a rascar la cabeza para traer a la memoria la carta, y ya se po-
155 nía sobre un pie y ya sobre otro, unas veces miraba al suelo, otras al cielo, y al cabo
156 de haberse roído la mitad de la yema de un dedo, teniendo suspensos a los que
157 esperaban que ya la dijese, dijo al cabo de grandísimo rato:

158 —Por Dios, señor licenciado, que los diablos lleven la cosa que de la carta se me
159 acuerda, aunque en el principio decía: «Alta y sobajada señora».

160 —No diría —dijo el barbero— sobajada, sino sobrehumana o soberana señora.

161 —Así es —dijo Sancho—. Luego, si mal no me acuerdo, proseguía, si mal no me acuer-
162 do: «el lingo y falto de sueño, y el ferido besa a vuestra merced las manos, ingrata
163 y muy desconocida hermosa», y no sé qué decía de salud y de enfermedad que le
164 enviaba, y por aquí iba escurriendo, hasta que acababa en «Vuestro hasta la muerte,
165 el Caballero de la Triste Figura».

166 No poco gustaron los dos de ver la buena memoria de Sancho Panza, y alabáronse
167 mucho y le pidieron que dijese la carta otras dos veces, para que ellos ansimesmo la
168 tomasen de memoria para trasladalla a su tiempo. Tornóla a decir Sancho otras tres
169 veces, y otras tantas volvió a decir otros tres mil disparates. Tras esto, contó asimes-
170 mo las cosas de su amo, pero no habló palabra acerca del manteamiento que le
171 había sucedido en aquella venta en la cual rehusaba entrar. Dijo también como su
172 señor, en trayendo que le trujese buen despacho de la señora Dulcinea del Toboso,
173 se había de poner en camino a procurar cómo ser emperador, o por lo menos mo-
174 narca, que así lo tenían concertado entre los dos, y era cosa muy fácil venir a serlo,
175 según era el valor de su persona y la fuerza de su brazo; y que en siéndolo le había

176 de casar a él, porque ya sería viudo, que no podía ser menos, y le había de dar por
177 mujer a una doncella de la emperatriz, heredera de un rico y grande estado de tierra
178 firme, sin ínsulos ni ínsulas, que ya no las quería.

179 Decía esto Sancho con tanto reposo, limpiándose de cuando en cuando las narices,
180 y con tan poco juicio, que los dos se admiraron de nuevo, considerando cuán ve-
181 hemente había sido la locura de don Quijote, pues había llevado tras sí el juicio de
182 aquel pobre hombre. No quisieron cansarse en sacarle del error en que estaba, pa-
183 reciéndoles que, pues no le dañaba nada la conciencia, mejor era dejarle en él, y a
184 ellos les sería de más gusto oír sus necedades. Y, así, le dijeron que rogase a Dios por
185 la salud de su señor, que cosa contingente y muy agible era venir con el discurso del
186 tiempo a ser emperador, como él decía, o por lo menos arzobispo o otra dignidad
187 equivalente. A lo cual respondió Sancho:

188 —Señores, si la fortuna rodease las cosas de manera que a mi amo le viniese en vo-
189 luntad de no ser emperador, sino de ser arzobispo, querría yo saber agora qué suelen
190 dar los arzobispos andantes a sus escuderos.

191 —Suélenles dar —respondió el cura— algún beneficio simple o curado, o alguna sacris-
192 tanía, que les vale mucho de renta rentada, amén del pie de altar, que se suele esti-
193 mar en otro tanto.

194 —Para eso será menester —replicó Sancho— que el escudero no sea casado y que sepa
195 ayudar a misa por lo menos; y si esto es así, ¡desdichado de yo, que soy casado y no sé
196 la primera letra del abeced! ¿Qué será de mí si a mi amo le da antojo de ser arzobispo,
197 y no emperador, como es uso y costumbre de los caballeros andantes?

198 —No tengáis pena, Sancho amigo —dijo el barbero—, que aquí rogaremos a vuestro
199 amo, y se lo aconsejaremos y aun se lo pondremos en caso de conciencia, que sea
200 emperador y no arzobispo, porque le será más fácil, a causa de que él es más valiente
201 que estudiante.

202 —Así me ha parecido a mí —respondió Sancho—, aunque sé decir que para todo tiene
203 habilidad. Lo que yo pienso hacer de mi parte es rogarle a Nuestro Señor que le eche
204 a aquellas partes donde él más se sirva y adonde a mí más mercedes me haga.

205 —Vos lo decís como discreto —dijo el cura— y lo haréis como buen cristiano. Mas lo
206 que ahora se ha de hacer es dar orden como sacar a vuestro amo de aquella inútil
207 penitencia que decís que queda haciendo; y para pensar el modo que hemos de te-
208 ner, y para comer, que ya es hora, será bien nos entremos en esta venta.

209 Sancho dijo que entrasen ellos, que él esperaba allí fuera, y que después les diría la

210 causa por que no entraba ni le convenía entrar en ella, mas que les rogaba que le
211 sacasen allí algo de comer que fuese cosa caliente, y ansimismo cebada para Ro-
212 cinante. Ellos se entraron y le dejaron, y de allí a poco el barbero le sacó de comer.
213 Después, habiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrían para conseguir
214 lo que deseaban, vino el cura en un pensamiento muy acomodado al gusto de don
215 Quijote y para lo que ellos querían; y fue que dijo al barbero que lo que había pensa-
216 do era que él se vestiría en hábito de doncella andante, y que él procurase ponerse
217 lo mejor que pudiese como escudero, y que así irían adonde don Quijote estaba,
218 fingiendo ser ella una doncella afligida y menesterosa, y le pediría un don, el cual él
219 no podría dejársele de otorgar, como valeroso caballero andante. Y que el don que
220 le pensaba pedir era que se viniese con ella donde ella le llevase, a desfacelle un
221 agravio que un mal caballero le tenía fecho; y que le suplicaba ansimesmo que no la
222 mandase quitar su antifaz, ni la demandase cosa de su hacienda, fasta que la hubiese
223 fecho derecho de aquel mal caballero; y que creyese sin duda que don Quijote ven-
224 dría en todo cuanto le pidiese por este término, y que desta manera le sacarían de
225 allí y le llevarían a su lugar, donde procurarían ver si tenía algún remedio su estraña
226 locura.